

El desmoronamiento del “mundo de la excelencia”: Algunas notas a propósito de *Parasite*, de Bong Joon-ho, y *El sobrino de Rameau*, de Denis Diderot

En la película *Parasite* (2019), dirigida por Bong Joon-ho, las cámaras muestran muy bien el contraste “alto/bajo”, casi como símbolo del contraste “ricos/pobres” de la estructura urbanística de una gran ciudad coreana y de la estructura arquitectónica de una de sus viviendas, una casona de ricos dotada de un refugio subterráneo para épocas aciagas, donde el ama de llaves ha conducido a su marido pobre y enfermo, para cuidarlo, como si la familia rica tuviera, sin notarlo, una especie de “parásitos” humanos en el sótano secreto, y como si la misma ciudad tuviera sus parásitos (es decir, en general, los pobres, los desempleados, los que viven de trabajos no reconocidos o considerados inferiores) en sus lugares subterráneos.

Tanto en la casa como en la ciudad es “abajo” donde se viven escenas de un extraordinario ingenio para ganar la comida diaria, pero también de enfermedad y llanto, de pánico y de encerramientos de emergencia, como los que otros, en circunstancias distintas, pudieran instaurar para evitar el peligro de la expansión de un virus cualquiera al resto de la

* Profesor jubilado del Programa de
Filosofía de la Universidad de Cartagena.
e-mail: nayibabdala@hotmail.com



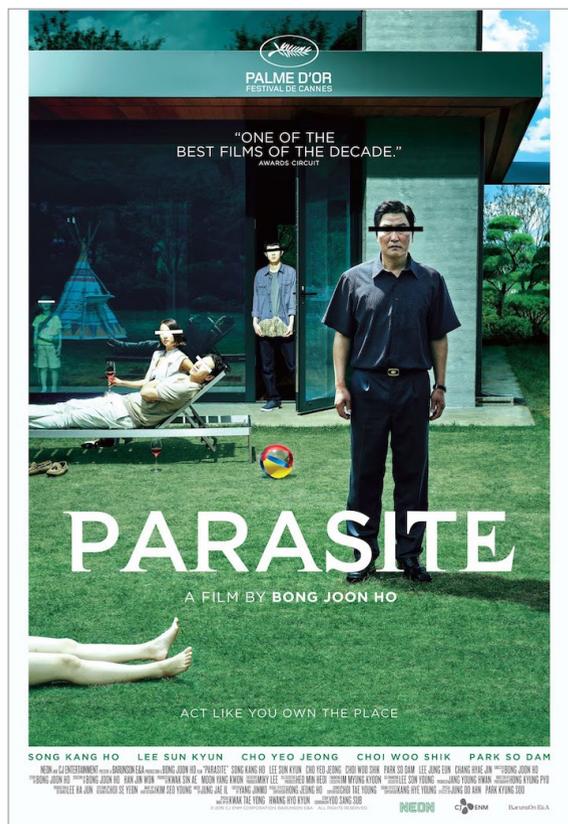
De la serie "El lugar de la casa" (Lilia Miranda).

ciudad. Pero aquí no hay virus, sino parásitos, residuos de la desigualdad tolerada por los planes de desarrollo de los economistas desalmados, situaciones extremas que en otras épocas, se decía, conducían a la barbarie¹, y que actualmente crecen como los residuos que deja el desarrollo económico y el urbanismo acelerados por los planes comerciales de la globalización.

Es atrevida, pero sugestiva, la comparación de esta estructura urbanística con la estructura de la obra de desafiante lectura *El sobrino de Rameau*, de Denis Diderot, uno de los autores de la *Enciclopedia*, y que consiste en

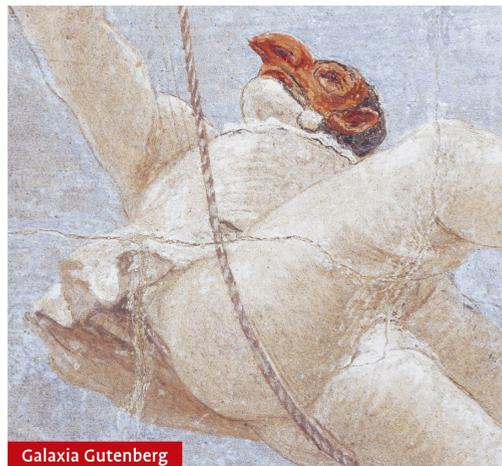
un diálogo entre un hombre serio, prudente, que conoce de pintura, teatro y ópera, y un joven músico pobre, sobrino de otro músico famoso, ya fallecido, de apellido Rameau, que en parte se gana la vida utilizando su gran ingenio para vivir "de gorra" de los más ricos haciendo de bufón. Aunque culto y con gusto artístico, es una especie de "parásito" *sui generis*. Los dos personajes, que se identifican por medio de pronombres –"Yo" y "Él"– tienen algo de la personalidad de Diderot, según podemos aprender en la introducción de la edición de Roig (Cátedra, 2003). Nos dicen hoy los editores de sus obras que el sobrino de Rameau es un instrumento de Diderot para vengarse de las críticas adversas de la alta sociedad francesa contra la *Enciclopedia*.

¹ Oscar Wilde consideraba que la guerra era el único medio que el hombre había creado para deshacerse del exceso de aquel sector de la población al que se le atribuye "el retraso de la civilización" (Cf. Cooper-Prichard, 2013: 66).



Denis Diderot El sobrino de Rameau

Introducción, traducción y notas
de Adolfo García Ortega



Galaxia Gutenberg

A lo largo del diálogo, podemos observar cierta concepción del parásito como necesario, puesto que evidencia una comprensión de la vida que tiene base en la naturaleza. Todo lo que vive busca necesariamente, y ante todo, su bien particular. Rameau, desde que se levanta, tiene que inventar trucos para conseguir su almuerzo y comida, como los sin empleo y los mendigos de hoy, pero su talento retórico lo convierte en un “carácter” que imita con sorna y burla a quienes se dan de nobles o de honestos, sin serlo. Lo que más admira “Yo” en “Él” es su “franqueza”, ya que presenta, sin hipocresía, sus buenas cualidades y, sin pudor, las malas, que son propias de un pícaro.

Esta franqueza es un arma contra el fariseísmo, que a lo largo de la historia ha tenido

varias formas de mostrarse. Una de las que nos ha tocado vivir es lo que he llamado el “modo de la excelencia”, un afán de decir y mostrarse “excelente”, no en sentido superficial, por medio del cuerpo o del lenguaje, sino por la forma de comportarse y de conducirse en las relaciones públicas. El anhelo de sentirse evaluado de la mejor manera como medio posible para la competencia por los mejores puestos, o por la mayor audiencia, o por el mayor *rating*. Una ola de afanoso deseo de mostrar excelencia recorrió, por ejemplo, la esfera de las publicaciones y de la enseñanza media y superior en grandes regiones de Suramérica, hasta el punto de que algunos observaron que parecía que se cambiaban beneficios políticos o monetarios por certificados de excelencia (Cf. Giusti, 2015).

El “modo de excelencia” en *Parasite* está presente en la forma cuidada a través de la que, ante la familia rica, cada uno quiere aparentar que posee la más alta calidad, aunque tenga que proceder a falsificar documentos de acreditación, todo con el fin de quitarle el puesto a un ama de llaves, un chofer, un profesor de matemáticas, y conseguir el puesto de profesor de artes para un niño díscolo, aunque inteligente. Pero en Rameau no hay fariseísmo, puesto que es el único pícaro capaz de confesar que lo es. Su ser y su parecer no se oponen. Carece de principios. Y en esto se parece al padre de familia de los parásitos de la mansión coreana, quien, durante una escena impresionante, junto con el barrio entero, aparece desplazado por un aguacero y recogido en colchones en una cancha deportiva. Este responde a su inteligente hijo acerca de si tiene algún “plan” para enfrentar la calamidad: lo mejor es no tener ningún plan, ya que en caso de calamidades, como aquella, ninguno, aunque tenga el mejor de los planes, se salva. El mejor plan es el ingenio.

Es como si dijera que a veces resulta preferible dejarse vivir en el día a día, como el sobrino de Rameau. Acoger el día en su majestad, en su máxima plenitud², con sus peligros latentes: atenerse a los intereses y a las sensaciones. Lo que lo diferencia de Rameau es que la franqueza de éste no es algo que busque deliberadamente, sino un comportamiento intuitivo como el más adecuado. La ausencia de reflexión en una época que busca

mostrar el valor de la razón –y por lo tanto, “del plan”– muestra, paradójicamente, como instrumento de liberación de las tinieblas medievales, la franqueza de Rameau: una espontaneidad de la naturaleza, que se da cuando un gato observa pasar un ratón y, sin reflexionar si es bueno o malo, salta. En efecto, Rameau sostiene que no reflexiona en lo dicho antes de hablar ni después de hablar. De ahí que la obra de Diderot haya sido interpretada como un ataque a la moral aristotélica y escolástica que ve al ser humano, a diferencia del gato, como capaz de reflexionar con “prudencia” y “virtud” antes de actuar.

A veces, los de la “moral de la excelencia”, que está de moda, parecen afirmar que ellos, por la alta calidad o excelencia de los principios en que se basan, son los únicos capaces de guiar en tiempos de paz y de salvar a los demás en caso de catástrofes. El sobrino de Rameau no dice que es excelente, sino que proclama ser ignorante, necio, loco, jugador y perezoso, puesto que juzga que eso es lo que tiene que ser para lograr lo que quiere. Para ser coherente consigo mismo. Y comenta con razón la editora Carmen Roig que es como si pensara que tiene derecho a ser como realmente es. Como si tuviera una verdadera identidad, a diferencia de los “fariseos” del presente, porque si se respetara la verdad interior de ser un “haragán vicioso” (39), se respetaría también el orden natural de las cosas. Este comportarse según la naturaleza, a pesar de su dureza, aparecía a los ojos del siglo XVII como algo exigido por la necesidad, opuesto a la moral convencional, que es contingente, de manera comparable a como en *Parasite* se recurre a una moral diferente de la convencional, aunque no se haya encontrado todavía; y por eso, frente a las catástrofes, los personajes parecen creer que hay que atenerse a la cambiante dureza e

2 El hecho de sugerir en estos tiempos peligrosos, cuando la humanidad teme que el mal aumente, que se intente apreciar, a pesar de todo, la “grandeza” de cada día, puede parecer torpe, puesto que la expresión correcta sería: la “grandeza trágica”. Los conflictos en los que está involucrada la humanidad exceden cualquier intento de solución o de calificación moral, porque dependen, como decía Maquiavelo, de la fortuna y no sólo de la “virtud”. La “grandeza” de cada día se debe actualmente a la grandeza del sentimiento mundial de solidaridad frente a una amenaza cuyo origen sólo algunos héroes se arriesgan a buscar.

inconstancia de la realidad producida por la planeación de los gobiernos y enfrentar cada momento en su grandeza como algo nuevo³.

Bibliografía

Blom, P. (2012). *Enciclopedie. El triunfo de la razón en tiempos irracionales*. (Traducción de Javier Calzada). Barcelona: Anagrama.

Cooper-Prichard, A. H. (2013). *Conversaciones con Óscar Wilde*. (Traducción de Héctor Licudi Bottaro). Barcelona: Planeta.

Diderot, D. (2003). *El sobrino de Rameau o sátira segunda*. (Edición de Carmen Roig). Madrid: Cátedra.

Giusti, M. (2015). *Disfraces y extravíos. Sobre el descuido del alma*. México: Fondo de Cultura Económica.

³ Presento disculpas por dar la impresión de responsabilizar de las catástrofes exclusivamente a los planes de los economistas y de los gobiernos. No todo plan es intencionalmente malo, sino que la contingencia de la vida humana amenaza con mostrar sus falencias. Justamente Diderot y la Ilustración lucharon contra el error de culpabilizar de las catástrofes no sólo a los economistas, sino también a protestantes o judíos o al “Diablo”, o a grupos despreciados.